

CLASE MEDIA Y BLOQUE DE PODER EN LA ESPAÑA DE LA RESTAURACION

Por JUAN FRANCISCO FUENTES

SUMARIO

I. GALDÓS Y EL «IMPERIO DE LA LEVITA».—II. LA CULTURA DEL «DESASTRE» Y EL APOCALIPSIS DE LA CLASE MEDIA.—III. LA CLASE MEDIA EN LA CRISIS DE LA RESTAURACIÓN (1914-1923).—IV. CONCLUSIONES.

I. GALDOS Y EL «IMPERIO DE LA LEVITA»

El gran avance que el Sexenio supuso en la eclosión de una cultura proletaria y en la consiguiente ruptura con el pensamiento político y social del liberalismo (1) se vio frenado en seco por la Restauración de la Monarquía en 1874. De ahí, probablemente, que los cambios semánticos introducidos por la prensa y la literatura internacionalista —por ejemplo, la incorporación al español de la voz *burguesía* y sus derivados— tardaran todavía algunos años en ser definitivamente asimilados. En 1879, el programa fundacional del Partido Socialista Obrero Español denuncia el poder político «de la clase explotadora, es decir, de la clase media», identificada como propietaria de los medios de producción. Del mismo año data un conocido fragmento de *Los apóstolicos* de Galdós, en el que los términos *burguesía*, *clase media* y *tercer estado* llegan a ser intercambiables cuando se trata de designar a esa clase social que se había hecho con el poder tras la revolución burguesa. Benigno Cordero, dice el autor,

era acabado tipo de *burgués* español que se formaba del antiguo pechero fundido con el hijodalgo, y que más tarde había de tomar gran vuelo con las compras de bienes

(1) Cfr. mi artículo «Clase media y burguesía en la España liberal (1808-1874): Ensayo de conceptualización», en *Historia Social*, núm. 17 (1993), págs. 47-61. El presente estudio, como el artículo antes citado, forma parte del proyecto titulado *Pueblo y público en la España del siglo XIX*, del que soy director, que financia la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (Proyecto PS90-0040 de la DGICYT).

nacionales y la creación de las carreras facultativas, hasta llegar al punto culminante en que ahora se encuentra.

La formidable clase media, que hoy es el poder omnímodo que todo lo hace y lo deshace, llamándose política, magistratura, administración, ciencia, ejército, nació en Cádiz entre el estruendo de las bombas francesas y las peroratas de un Congreso híbrido, inocente, extranjerizado, si se quiere, pero que había brotado como un sentimiento o como un instinto ciego e incontrastable del espíritu nacional. El tercer estado creció, abriéndose paso entre frailes y nobles, y echando a un lado con desprecio estas dos fuerzas atrofiadas y sin savia, llegó a imperar en absoluto, formando con sus grandezas y sus defectos una España nueva (2).

Nótese que en cada uno de los tres períodos de que se compone este fragmento el autor denomina de forma distinta al personaje y a la clase social a la que pertenece: burgués, clase media y tercer estado. Un texto anarquista de finales de siglo mantiene idéntica confusión entre burguesía y clase media. La Revolución francesa, dice «Soledad Gustavo» en 1899, no fue obra de la burguesía, como suele creerse,

por cuanto entonces no había ni clase media ni burguesía. Lo que hizo la Revolución francesa fue erigir en Estado, esto es, en clase media o burguesía, a los que en nombre del pueblo y ayudados por el pueblo se apoderaron del poder político. Dueños de él, el poder político les corrompió (3).

Más claro: la revolución liberal no es obra de una clase social ascendente, sino que ésta es una creación de aquélla. La nueva clase dominante, llámese burguesía o clase media, sería el resultado —y no la causa— de un proceso político que acabó desvirtuando su origen popular.

La visión unitaria que Galdós ofrece de la génesis de la sociedad burguesa, mucho más ajustada a la realidad que la de «Soledad Gustavo», destaca por la profunda coherencia histórica que resulta del carácter serial y genealógico de su obra, construida como una larga saga de tipos humanos, de grupos sociales y de ideas políticas que se van sucediendo y renovando en el tiempo. Ello no es óbice para que en el desarrollo de los *Episodios Nacionales* se aprecie un corte profundo, entre la segunda y tercera serie, en la estimación del papel histórico representado por la clase media, clase dinámica y progresiva en las dos primeras series —es decir, hasta 1879—, considerada por Galdós en 1870 como «el gran modelo, la fuente inagotable» de la narrativa española contemporánea (4), y que a partir de la reanudación de los *Episodios* en 1897 sufre un evidente deterioro en la visión galdosiana de la España decimonónica. En realidad, el cambio se produce mucho antes de esta última fecha.

(2) *Los apostólicos*, Madrid, Alianza Hernando, 1976, págs. 22-23.

(3) «SOLEDAD GUSTAVO» (Teresa Mañé): *La sociedad futura*, Madrid, 1899, cit. por JOSÉ ALVAREZ JUNCO: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pág. 184.

(4) Cit. por JOSÉ F. MONTESINOS: *Galdós*, I, Madrid, Ed. Castalia, 1980, pág. 32.

Los tiranos somos ahora nosotros —había escrito ya en 1885—, los que antes éramos «víctimas» y «mártires», la clase media, la burguesía, que antaño luchó con el clero y la aristocracia... (5).

En esa misma época —hacia 1885 ó 1886— escribió Galdós el famoso pasaje de *Fortunata y Jacinta* en el que describe las repercusiones que el triunfo histórico de la clase media tendría en la política, en la economía, en la administración... y en el vestir, aspecto este que compendia y simboliza la hegemonía de la nueva clase dominante:

Era, por añadidura, la época —se refiere a los años cuarenta— en que la clase media entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, apandando todos los empleos creados por el nuevo sistema político y administrativo, comprando a plazos todas las fincas que habían sido de la Iglesia, constituyéndose en propietaria del suelo y en usufructuaria del presupuesto, absorbiendo, en fin, los despojos del absolutismo y del clero y fundando el imperio de la levita. Claro es que la levita es el símbolo; pero lo más interesante de tal imperio está en el vestir de las señoras, origen de energías poderosas, que de la vida privada salen a la pública y determinan hechos grandes. ¡Los trapos, ay! ¿Quién no ve en ellos una de las principales energías de la época presente, tal vez una causa generadora de movimiento y vida? Pensad un poco en lo que representan, en lo que valen, en la riqueza y el ingenio que consagra a producirlos la ciudad más industrial del mundo, y sin querer, vuestra mente os presentará entre los pliegues de las telas de moda nuestro organismo mesocrático, ingente pirámide en cuya cima hay un sombrero de copa; toda la máquina política y administrativa, la deuda pública y los ferrocarriles, el presupuesto y las rentas, el Estado tutelar y el parlamentarismo socialista (6).

La levita seguirá siendo casi treinta años después, en el último *Episodio Nacional*, el principal signo externo de la clase media, sólo que este grupo social, otrora influyente y prestigioso, ha acabado perdiendo aquel espíritu dinámico y emprendedor que le animaba en su etapa ascendente. Toda su ambición, dice Galdós en 1912, se reduce a meter la cuchara un mes tras otro en la *olla grande* del presupuesto:

Sabrás ahora, mujer inexperta —le dice Tito a Casiana—, que los españoles no se afanan por crear riqueza, sino que se pasan la vida consumiendo la poca que tienen, quitándose los unos a otros con trazas o ardidés que no siempre son de buena ley. Cuando sobreviene un terremoto político, dando de sí una situación nueva, totalmente nueva, arrancada de cuajo de las entrañas de la patria, el pueblo mísero acude en tropel, con desahogado apetito, a reclamar la nutrición a que tiene derecho. Y al oírme decir pueblo, ¡oh, Casiana mía!, no entendas que hablo de la muchedumbre jornalera

(5) «El Primero de Mayo», en *La Nación*, de Buenos Aires, 15 de abril de 1885 (cit. por J. F. BOTREL y J. LE BOUILL: «Sur le concept de "clase media" dans la pensée bourgeoise en Espagne au XIX^e siècle», en *La question de la «bourgeoisie» dans le monde hispanique*, Burdeos, 1973, págs. 139-160. M. Tuñón de Lara señala, sin embargo, que el texto debe ser posterior a 1889, que es cuando empezó a celebrarse en España el 1.º de mayo; *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Ed. Tecnos, 1984, pág. 26).

(6) *Fortunata y Jacinta*, I, Madrid, Ed. Cátedra, 1985, pág. 153.

de chaqueta y alpargatas, que éstos, mal que bien, viven del trabajo de sus manos. Me refiero a la clase que constituye el contingente más numeroso y desdichado de la grey española; me refiero a *los míseros de levita y chistera* (cursiva mía), legión incontable que se extiende desde los bajos confines del pueblo hasta los altos linderos de la aristocracia, caterva sin fin, inquieta, menesterosa, que vive del meneo de plumas en oficinas y covachuelas o de modestas granjerías que apenas dan para un cocido. Esta es la plaga, ésta es la carcoma del país, necesitada y pedigüeña, a la cual, ¡oh, ilustre compañera!, tenemos el honor de pertenecer.

(...)

Terminé diciéndole, en forma que ella pudiese entenderlo, que España era un país algo comunista. Por los canales contributivos venía todo el caudal a la olla grande, de donde salía para repartirse en mezquinas raciones entre el señorío paupérrimo de la flaca España.

—He dado el nombre de olla grande —añadí— a lo que en lenguaje político llamamos Presupuesto (7).

Este pasaje parece cerrar la larga peripecia intelectual del autor en el descubrimiento de la personalidad histórica de su propia clase social, a través de un doloroso proceso que podría desglosarse en tres grandes períodos:

1. En las dos primeras series de los *Episodios Nacionales* —hasta 1879— Galdós representa a la burguesía liberal en su fase ascendente y heroica. La clase media aparece adornada por un amplio corolario de virtudes públicas y privadas —laboriosidad, honestidad, frugalidad...— que constituyen la esencia de la vida moderna y que la convierten en columna vertebral del nuevo orden.

2. En la década de los ochenta se produce una primera transición en el concepto galdosiano de clase media, que proviene, por una parte, de su consolidación como clase dirigente, una vez culminada su revolución, y por otra, su transformación en implacable clase explotadora. Como recuerda Vicente Lloréns, a la generación de comerciantes laboriosos y combativos de la primera mitad del siglo, ejemplificada en Baldomero Santa Cruz, le sucede una generación de señoritos indolentes del estilo de Juanito Santa Cruz (8); el simpático Benigno Cordero de la segunda serie de los *Episodios* tendrá un triste sucesor en el oscuro y rutinario Angel Cordero de los últimos *Episodios*: su principal atributo será el paraguas —posee una variada colección—; busca, pues, protegerse de las inclemencias del tiempo —o de los *tiempos*— y, por encima de todo —dice Lloréns-, intenta no *mojarse*. Por otra parte, el ciclo de Torquemada —años ochenta y noventa— vendrá a poner fin al gran chasco del que había sido víctima el joven Galdós: Torquemada, según Francisco Villacorta, era la «criatura monstruosa que la aparente vitalidad de la burguesía madrileña ha resultado contener en su seno» (9). Simultáneamente, el protagonismo adquirido en la obra de Gal-

(7) *Cánovas*, Madrid, Alianza Ed., 1986, págs. 36-37.

(8) VICENTE LLORÉNS: «Galdós y la burguesía», en *Aspectos sociales de la literatura española*, Madrid, Ed. Castalia, 1974, pág. 112.

(9) F. VILLACORTA: «Visión galdosiana de la sociedad de la Restauración: Las novelas del ciclo de Torquemada», en *Revista de Literatura*, XLI (1979), págs. 68-116 (la cita en pág. 113).

dós por el *cuarto estado*, por ejemplo en *Fortunata*, revela un desplazamiento de sus simpatías hacia el pueblo como única fuerza creadora.

3. La clase media galdosiana sufre una nueva mutación a partir del cambio de siglo: no se trata ya de una clase activa y pujante, como en la primera etapa; no es tampoco esa burguesía todopoderosa que formaba con la aristocracia la «oligarquía ecléctica» de la Restauración; la clase media ha dejado de ser burguesía para convertirse de nuevo en el cajón de sastre en que se hacinan los grupos sociales intermedios: la *gente cursi*, los «miseros de levita y chistera», que componen el «verdadero estado llano de los tiempos modernos» (Cánovas). El problema es que, en el camino, esta clase media residual y semiproletaria ha perdido su pujanza social de otros tiempos. ¿Habría pasado para siempre su hora?

Sólo la renovada fe en el pueblo —un pueblo idealista y generoso, pero ingenuo y sin preparación— viene a compensar un poco el profundo desencanto en que el fracaso de la clase media ha sumido al novelista. En 1902, al evocar la grandeza histórica de los menestrales madrileños en la Revolución de 1854, Galdós muestra el círculo vicioso en que, desde un principio, se mueve, según él, la España liberal: el pueblo merece el poder, pero no sabría administrarlo; en cambio, a la clase media —a *los de mi clase*, como dice el narrador— le falta ambición y coraje para hacerse dueña de la situación.

Sentí lástima de aquella pobre gente —dice Galdós, tras describir el ambiente de las barricadas— y también admiración muy viva, pues desde la hondura de su vida miserable se lanzaban impávidos a la conquista de una España nueva. Cuanto tenían, las vidas inclusive, lo sacrificaban por aquel ideal de pura ensoñación, y por un programa de gobierno que no habrían podido puntualizar, si fueran llamados a realizarlo. Y después de pasarse largos días y noches en tan peligrosas andanzas, volvería cada cual a sus obligaciones. El uno seguiría fabricando obclas y lacre; el otro, jeringas, y el tercero, vendiendo sanguijuelas para ganar un triste cocido y vivir estrechamente entre afanes y miserias. Todo lo soñaban, menos llegar a ser ricos, o al menos, vivir con desahogo. ¡A luchar y a pelearse por un principio fantástico, vagoroso, como las formas de hombres y animales que se dibujan en las nubes! ¡Y luego volver al trabajo, a las privaciones, a la insignificancia! ¿Cómo no admirarles si, en medio de su ruda ignorancia, advierto en ellos una elevación moral que en mí propio y en los de mi clase no veo, no puedo ver, por más que la busco? (10).

El espectáculo del pueblo en armas despierta en él, más que nada, admiración; exactamente igual que el Partido Socialista de Pablo Iglesias, «lo único serio —dice Galdós en 1910—, disciplinado, admirable que hay en la España política...» (11). Su frustración liberal le lleva, efectivamente, a considerar al Partido Socialista como única alternativa democrática frente al sistema canovista, sólo superado en su inmo-

(10) *La Revolución de Julio*, Madrid, Alianza Ed., 1986, cap. XXVII, pág. 181.

(11) Cit. por JULIO RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS: *Galdós: burguesía y revolución*, Madrid, Turner, 1975, págs. 108-109.

ralidad —llega a decir Galdós— por el joven Partido Radical de Lerroux (12). Vista, pues, la inoperancia política y el descrédito público del republicanismo, el socialismo representaba para el viejo Pérez Galdós no tanto la formulación científica de una gran utopía histórica como un instrumento de dinamización del sistema liberal. La cuestión, sobre la que habrá que volver más adelante, era si, a falta de un liberalismo genuinamente modernizador y democrático, podía el socialismo español convertirse en una fuerza reformista representativa de las clases medias liberales.

II. LA CULTURA DEL «DESASTRE» Y EL APOCALIPSIS DE LA CLASE MEDIA

Que en los años ochenta se produce una bifurcación en el concepto de clase media —clase explotada/clase explotadora— parece atestiguarlo también la revista *Acracia*, publicada en Barcelona entre 1885 y 1887. Generalmente, al utilizar esta fórmula, *Acracia* hace referencia a la burguesía industrial y comercial, a su mentalidad, a su ciclo histórico, a sus gustos y forma de vida. Así ocurre en el artículo titulado «Los monumentos y la clase media de Barcelona» (*Acracia*, núm. 14, febrero de 1887), en el que se reflexiona sobre la inexorable decadencia histórica de la burguesía local, visible en su absoluta inanidad cultural e ideológica, si se exceptúa ese invento del catalanismo. Hay que recordar que, en una fecha no muy anterior —a principios de 1885—, el informe oral presentado por Pablo Iglesias ante la Comisión de Reformas Sociales abunda todavía en la equiparación clase media/burguesía y presenta a la primera como clase dirigente y dominante del régimen de la Restauración —«¿quién sino la clase media dirige la política? (...) La clase media es la única que domina...» (13)—. Por eso resulta especialmente importante el artículo titulado escuetamente «La clase media» que publica *Acracia* en enero de 1887 con el propósito de deshacer el monstruoso equívoco en el que, según la revista, se incurrió continuamente al hablar de esta clase social.

En opinión del autor, conviene distinguir cuidadosamente entre burguesía y clase media: la primera la forman «el capitalista, el banquero, el acaparador, el bolsista, el empresario, el político de elástica conciencia», en una palabra, la verdadera «aristocracia del siglo XIX» (14); por el contrario, la clase media la constituye «esa

(12) *Ibidem*.

(13) Cit. por JACQUES MAURICE y CARLOS SERRANO: *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pág. 35.

(14) Nótese la paradójica coincidencia entre *Acracia* (1887) y el ultraconservador «Don Diego de Noche», autor del folleto *Las cuentas de Mendizábal* (1837), en la identificación entre burguesía y aristocracia. No es tanto que este último término signifique cosas distintas en la revista anarquista y en el anónimo escritor moderado como que cumple funciones exactamente opuestas. Al equiparar burguesía y aristocracia, «Don Diego de Noche» pretende legitimar históricamente a la primera, pues representa la continuidad y la estabilidad en una nueva etapa histórica; todo lo contrario que *Acracia*, para la cual la burguesía, como nueva clase dominante, es tan opresiva e inicua como la vieja aristocracia y, por tanto, no representa progreso histórico alguno.

pequeña burguesía que trabaja mucho y dispone de poco», y que es, al propio tiempo, víctima de una suerte de esquizofrenia social, pues, perteneciendo al pueblo, se siente forzada a enmascarar su condición y a imponerse un estilo de vida nada acorde con su situación real.

¡Cuán mísera y cuán desgraciada es en realidad! ¡Pero cuán merecido tiene su castigo y cuán justa es la expiación, que lógica y forzosamente va siendo mayor cada día! Casi tan explotada como la clase proletaria, une a las necesidades materiales de ésta una infinidad de necesidades morales impuestas por su necio orgullo y por una serie de preocupaciones de las que no quiere ni sabe prescindir.

El médico, el abogado, el profesor, el ingeniero, el pequeño comerciante, el arrendatario y tantos otros que por su aparente posición social se hallan en distinta situación que el jornalero —aunque, como éstos, ni siquiera con el jornal pueden contar muchas veces—, además de las exigencias impuestas por la naturaleza, tienen que vestir *con decencia*, disimular su verdadera situación, siendo su sonrisa aparente y su desesperación interior fieles imágenes de su estado ficticio y del verdadero. Y, sin embargo, ese conjunto llamado clase media, en vez de colocarse en el terreno conveniente, que es el de la protesta, parece mirar con desprecio a los que debieran ser sus hermanos, y se arrastra a los pies de los que le estrujan, viéndose, por lo tanto, aborrecido por los de abajo y explotado por los de arriba.

El tema llegará a ser un lugar común en la prensa y la literatura de la Restauración, sobre todo a partir del «Desastre». *Acracia* da un tono entre melancólico y patético a la gran cuestión: a la clase media se le está acabando el plazo para corregir sus alianzas de clase y convertirse en vanguardia del cambio histórico.

¡Cuán falsa es su situación y cuán hermoso papel podría desempeñar la clase media si atendiera a sus verdaderos intereses, ya que no a la justicia, y se colocara en frente de la actual organización social: ahora que dispone aún de medios que ya le habrán sido completamente arrebatados el día en que la fuerza de las circunstancias la arroje a nuestras filas, débil y completamente estenuada!

Porque, efectivamente, cierta fatalidad histórica, inherente al sistema capitalista, la condena a ser asimilada a las clases populares y, por tanto, a desaparecer irremisiblemente como clase. *Acracia* cree poder demostrar, mediante una sencilla fórmula matemática, el ocaso que el capitalismo avanzado reserva a la clase media tras un paulatino proceso de empobrecimiento:

$$K = C \left(1 + \frac{i}{100} \right)^n$$

donde «K» es el capital resultante, «C» el capital, «i» el tanto por ciento y «n» el número de años. De dicha ecuación se deduce que esta clase social «no tiene más salvación que en la destrucción de «i», esto es, del interés, que es la base de la actual organización capitalista». En consecuencia, su sitio está al lado del movimiento obrero en la lucha contra el capitalismo.

Pero el problema no es tan sencillo como ingenuamente lo plantea el redactor de *Acracia*. En primer lugar, no está claro si la causa del abatimiento de los grupos intermedios es el avance del capitalismo o, más bien, los factores que en España retardan la plena eclosión del sistema. Si es lo primero, la toma de conciencia anti-capitalista podía llevar a la clase media a buscar una respuesta ideológica de corte ultraconservador, haciendo causa común con la facción más reaccionaria de la oligarquía, o bien, por el contrario, una alternativa democrática y socializante a esa economía dual —feudalismo residual y capitalismo salvaje— en que se asentaba la Restauración. De manera análoga, si la causa de la crisis de la clase media se atribuía al subdesarrollo del capitalismo nacional más que a un crecimiento parcial y anárquico del mismo, podían darse igualmente dos alternativas: 1) que los grupos sociales intermedios hicieran de la modernización económica y política su principal objetivo, identificando de esta manera su emancipación social con el desarrollo del país según el modelo europeo, y 2) que el déficit de modernidad que presentaba la sociedad española se imputara a la acción retardataria del Estado, con lo que la modernización de las estructuras nacionales requeriría por lo pronto una reforma drástica de la administración. La cuestión dará lugar a un debate interminable, sobre todo a partir de 1898, cuando el desastre colonial agudice la frustración de unos grupos sociales que —no hay que olvidarlo— eran en gran medida subsidiarios de un Estado en crisis. Resumiendo: la clase media podía sentirse alternativamente atemorizada y seducida por la idea de una reforma radical y democrática del Estado, lo que tal vez explique la ambivalencia política en que se mueve este amplio sector social, sobre todo en la crisis de la Restauración.

La literatura del «desastre», particularmente en su vertiente regeneracionista, volverá una y otra vez sobre el tema con respuestas a menudo contradictorias, aunque predomine el tópico del vampirismo presupuestario de las clases medias españolas. Galdós habla en 1912 de esos «miseros de levita y chistera» que son la «carcoma del país». Manuel Azaña se refiere, unos años después, al «señorito pinchanóminas» como criatura engendrada por un Estado que consiente un expolio continuado de sus recursos (15). Por su parte, el joven Ramiro de Maeztu ve en la «golfería presupuestívora», aliada con la aristocracia terrateniente y religiosa, algo así como «el dragón de la fábula, que detenta el vellocino de oro» (16). Se entiende que la riqueza nacional se halla secuestrada por aristócratas, curas y funcionarios.

En el primer Maeztu, el tema de la clase media llega a ser una obsesión, porque, a su juicio —y no le falta razón—, se sitúa en el núcleo mismo del problema de la España contemporánea: la falta de una verdadera burguesía nacional.

Fuera de España —dice Maeztu en 1904—, la palabra burguesía suele tener un

(15) «Grandeza y servidumbre de los funcionarios» (1923), reproducido en MANUEL AZAÑA: *Antología*, I, Madrid, Alianza Ed., 1982, pág. 62.

(16) «Solidaridad española», artículo publicado en *Las Noticias*, 18 de octubre de 1899, recogido por E. INMAN FOZ en *Artículos desconocidos, 1897-1904*, de RAMIRO DE MAEZTU, Madrid, Ed. Castalia, 1977 (la cita en pág. 147).

sentido más preciso. Se llama así a aquella parte de la clase media que pone al mismo tiempo su capital y su trabajo en negocios industriales, comerciales o agrícolas. (...) Esa clase media es la que funda empresas, la que las dirige, la que tiene interés y medios de dirigir las y fundarlas. Es, en realidad, la que lleva la dirección del trabajo de un país; es el nervio de la vida contemporánea. Los pueblos como Inglaterra y los Estados Unidos (...) son prósperos y ricos; aquellos otros, como Rusia, donde la opresión de las grandes fortunas no ha permitido el nacimiento de esa clase media, son pobres y atrasados (17).

En nuestro país se incurre, pues, en un grave abuso de lenguaje cuando, a falta de otros contenidos, se incluye en el concepto de burguesía a sectores que, en rigor, nada tienen que ver con ella, desde el terrateniente absentista hasta el funcionario público, «que tiene de burgués el traje y la corbata, pero no el capital ni la función productora». A este último sector, quintaesencia de esa falsa burguesía, lo compara Maeztu con los *boers* del Transvaal —entonces en plena rebelión—, parásitos sociales acostumbrados a vivir sin trabajar, «clase media, funcionarios», que mantienen una lucha encarnizada con los laboriosos *uitlanders*. Si Johannesburgo viene a ser la Barcelona del Transvaal, esa ciudad activa y trabajadora «donde se advierte movimiento en calles y casas», Pretoria es «la capital, la población oficinesca: silencio, categorías, uniformes»; algo así como «un Madrid con borracheras de cerveza» (18).

De un lado, el trabajo y el dinero; de otro, el Estado con su inmensa burocracia civil, militar y religiosa: gobernadores, obispos, catedráticos, generales..., «*golfos* que en nada contribuyen al desarrollo capitalístico» (19), o que más bien lo hacen imposible, porque el prestigio social de las actividades más improductivas es la consecuencia del odio al dinero y al trabajo que la Iglesia ha inculcado durante siglos a nuestras minorías dirigentes. Frente a esta situación, Maeztu reivindica el valor del moderno capitalismo —el ánimo de lucro, el espíritu de empresa— y propone una ruptura completa con la tradición católica por medio de lo que él llama «un anticlericalismo nuevo». El resultado de esta suerte de revolución cultural revertirá, a la postre, en beneficio de todos:

Nuestros hijos no serán cursis. No haremos de ellos abogados, ni periodistas, ni generales, ni magistrados, ni bibliotecarios, ni catedráticos; no desempeñarán funciones canallescas; les enseñaremos sencillamente a hacer dinero. (...)

Harán dinero engrandeciendo a España (20).

De este y otros textos de Maeztu se deduce que la clase media la forman los sectores más improductivos de la sociedad española —clero, ejército, funcionariado,

(17) «Nuestra burguesía», en *España*, 12 de marzo de 1904, recogido en *ibidem* (la cita en pág. 253).

(18) «Contra nuestra anglofobia: Uitlanders y boers», en *Las Noticias*, 17 de marzo de 1900 (*ibidem*, pág. 155).

(19) «El dinero frente a la Iglesia», en *Vida Nueva*, 26 de marzo de 1899 (*ibidem*, pág. 80).

(20) *Ibidem*, pág. 84.

cuadros profesionales, educadores—, situados en una posición intermedia entre las clases trabajadoras —en rigor, las únicas socialmente útiles— y las clases propietarias. Se dirá que la oligarquía económica era todavía más pernicioso para el país que las denostadas clases medias. Y, sin embargo, no es así. En opinión del joven Maeztu, lo que hace especialmente nocivas a estas últimas no es sólo su nula utilidad social, sino el precio desorbitado que la nación tiene que pagar para mantenerlas, porque, en efecto, se trata de un colectivo que vive a expensas del presupuesto del Estado y que de otra forma sería incapaz de subsistir. Así lo da a entender cuando se refiere a

aquella parte numerosísima de la clase media, de donde salen los abogados y los periodistas, los religiosos y los maestros, los militares y los médicos, gentes que en su impotencia para ganarse el pan al aire libre han de mendigar por los culebros de la política a los asilos del Estado (21).

En suma: no existe una clase media profesional capaz de tener una ocupación libre al margen del poder, ni de alumbrar, por tanto, un proyecto de vida independiente del mismo. Víctimas de su propia condición dispersa y sumisa, las clases medias rurales y urbanas (22) —leemos en un artículo de 1904— claman por su emancipación, pero carecen del partido que represente sus verdaderos intereses y del líder —«el hombre prestigioso, culto, enérgico»— dispuesto a organizar un movimiento político al servicio de la multitud mesocrática, «la más rica en cerebro, ya que no en músculos, ni tampoco en dinero» (23).

A lo largo del primer cuarto del siglo xx esta sensación de vacío representativo daría lugar a numerosas tentativas de organización profesional y política de las clases medias. Este proceso de adaptación a un medio adverso no es ajeno al que las elites intelectuales, y muy particularmente los miembros de la generación del 98, seguirán a lo largo del mismo período en su lucha por favorecer el cambio de unas estructuras que les rechazan. De esta forma, la errática trayectoria ideológica de los hombres del 98 se explicaría por eso que J. A. Gómez Marín ha llamado «la aventura “radical” de las clases medias»: marginadas éstas por el bloque de poder actuante bajo la Restauración, los intelectuales partían de un radicalismo antisistema que se fundamentaba más en una posición iconoclasta que en una crítica revolucionaria del mismo (24). Pero, alcanzada cierta madurez, su actuación tanto podía orientarse hacia un compromiso sincero con el cambio social —caso de Machado y, en cierta medida, de Unamuno— como diluirse a partir de su propia incorporación a las

(21) «Nuestra cuestión social», en *Las Noticias*, 27 de abril de 1899 (*ibidem*, págs. 97-98).

(22) «... la gran masa de pequeños labradores propietarios de sus tierras, la mayoría de los comerciantes y de los industriales, el profesorado, los intermediarios de todas las clases, casi todo el personal técnico de la industria y del tráfico, los artistas, los intelectuales...».

(23) «Por Cataluña. Epílogo», en *Alma Española*, 30 de abril de 1904 (*ibidem*, págs. 267-269).

(24) J. A. GÓMEZ MARÍN: «El primer Baroja y la aventura “radical” de las clases medias», en *Insula*, núms. 308-309, julio-agosto de 1972.

estructuras dominantes —caso de Azorín o de Maeztu—. Este doble horizonte contrapuesto, que parece evidente en el destino de los hombres del 98, determina igualmente la confusa trayectoria política de las clases medias españolas —a las que, en definitiva, representaban los intelectuales del 98 y del 14— en la segunda mitad de la Restauración, y muy especialmente a partir de 1917.

El problema estriba, por tanto, en que la conciencia social de las clases medias —más exactamente, la conciencia de su marginación por el sistema— no se traduce en un comportamiento lineal frente al bloque de poder. El papel que desempeña Joaquín Costa en todo ello y su fracaso en el intento de convertirse en el «ideólogo de una clase sin ideología» (25) ilustran una vez más la dificultad de traducir el malestar de estos sectores sociales en un proyecto reformista homogéneo y viable. En primer lugar, y contra lo que parecía creer Maeztu, no era nada fácil allanar la frontera cultural existente entre las clases medias urbanas y rurales (26). La preferencia costiana por estas últimas, impuesta por las circunstancias, suponía limitar considerablemente el alcance del movimiento, reducido al ámbito rural, con tal de reforzar su identidad ideológica en torno a un populismo eminentemente agrario. De ahí la perspicaz, y un poco cruel, definición que J. Maurice y C. Serrano dan del regeneracionismo costista como una «filosofía del secano». En segundo lugar —y, en parte, como consecuencia de esto último—, era muy dudoso que un movimiento político de tal naturaleza llegara a arraigar en Cataluña, donde las clases medias debían sentirse forzosamente más atraídas por el discurso del moderno nacionalismo de la burguesía que por la retórica adusta y arcaizante del regeneracionismo mesetario (27). Por último, la experiencia demostraría la imposibilidad de mantener ese movimiento mesocrático fuera del campo magnético del núcleo duro de la oligarquía, empeñado a partir de 1898 en propiciar un afianzamiento de la identidad conservadora y autoritaria del régimen. Para ello, la derecha del «bloque de poder» no dudará en fomentar un consenso nacional sobre la ineficacia y la inmoralidad del «turno pacífico» y en utilizar el descontento de las clases medias, convenientemente manipulado, como componente básico de su pirotecnia reformista. El regeneracionismo conservador sería la gran coartada política de esta operación, que no tardaría en formalizarse en el movimiento maurista.

En este contexto se enmarca el proceso organizativo de las clases medias en la segunda mitad de la Restauración, cuyos principales hitos conviene recordar. La

(25) J. MAURICE y C. SERRANO: *op. cit.*, págs. 177 y sigs.

(26) Cfr. el artículo de GUADALUPE GÓMEZ-FERRER «Apoliticismo y fisiocracia entre las clases medias españolas de comienzos del siglo XX», en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 1, Madrid, 1980, págs. 187-209.

(27) Cfr. el artículo de JORDI CASASSAS «La configuració del sector intel·lectual-professional a la Catalunya de la Restauració», *Recerques*, núm. 8, 1978, págs. 103-131, en el que se ponen de manifiesto las dificultades de todo tipo que impedían una cooperación política entre las elites intelectuales y profesionales catalanas y españolas, incluso con aquella facción de estas últimas que postulaba un liberalismo más abierto y reformista, caso, por ejemplo, de la Liga de Educación Política fundada por Ortega en 1913 (J. CASASSAS: *op. cit.*, págs. 127-128).

Liga Nacional de Productores, creada por Costa en 1899, y la Unión Nacional, fundada un año después en Valladolid, representarán una efímera alianza entre pequeña burguesía y oligarquía castellana, interesada en convertir este tipo de asociaciones en meros grupos de presión al servicio de sus intereses. El dilema que se les plantea salta a la vista: su influencia en las instituciones está en relación directa con el grado de control que la oligarquía ejerza sobre ellas y en relación inversa con el mantenimiento de un programa nominalmente regeneracionista y antioligárquico.

El fenómeno se reproduce, una y otra vez, en los sucesivos intentos de impulsar un movimiento mesocrático rural o urbano. Así ocurre, efectivamente, en 1913 con la creación de la Liga de las Clases Medias, de cuyo Comité Ejecutivo formaban parte abogados, médicos, catedráticos, un periodista, un funcionario público, un agente de cambio y bolsa, un militar y un par de hacendados (28). Tras esta selecta representación mesocrática se atisba un intento más de crear un frente común entre clases medias y clases propietarias. El problema es que los intereses de tales grupos no siempre eran coincidentes: podían serlo, por ejemplo, en la lucha contra el servicio militar obligatorio (29) o en pro del librecambio, pero los objetivos divergían completamente cuando se trataba de la reforma del sistema fiscal en un sentido progresivo o de la modificación del régimen de alquileres en favor de los inquilinos, reivindicaciones genuinamente mesocráticas que se encontraban siempre con la tenaz oposición de la facción oligárquica. La consecuencia de ello, según señala el periódico *El Imparcial*, es que la abundancia de aristócratas y grandes propietarios había desvirtuado hasta tal punto el espíritu de la Liga de la Clase Media, que apenas un año después de su creación se la podía dar por fracasada (30).

Lo cierto es que los desajustes socioeconómicos provocados en España por el impacto de la Primera Guerra Mundial iban a estimular, no obstante todos los fracasos anteriores, la proliferación de asociaciones mesocráticas, tanto de clase como corporativas o profesionales. El desprestigio internacional del parlamentarismo clásico explica igualmente el apogeo que el corporativismo alcanza en el período de entreguerras.

III. LA CLASE MEDIA EN LA CRISIS DE LA RESTAURACION (1914-1923)

Son varios los factores que, a partir de 1914, intervienen en la aceleración del proceso organizativo de las clases medias. En primer lugar, el papel suministrador

(28) Cfr. FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS: *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pág. 506.

(29) F. VILLACORTA considera como uno de los factores determinantes en la creación de la Liga de la Clase Media la ley de servicio militar de 1912, ante la cual la asociación reivindicó la figura del soldado de cuota, sacrificado «a la exigencia del radicalismo y al miedo de los poderes públicos» («Liga de la Clase Media», artículo publicado por la revista *Farmacia Moderna*, 25 de abril de 1914) cit. *ibidem*, pág. 506.

(30) «Una Liga fracasada», en *El Imparcial*, 20 de marzo de 1913 (cit. por F. VILLACORTA: *ibidem*).

que la economía española asume respecto a los países en guerra provoca, como es bien sabido, el desabastecimiento del mercado interior y, por consiguiente, una fuerte inflación, que, en general, se traduce en una pérdida de capacidad adquisitiva de la población asalariada. Esta circunstancia tiene en el caso de la clase media una especial trascendencia, sobre todo en aquel numeroso sector —civil y militar— de la misma que depende del presupuesto del Estado. El movimiento de las Juntas de Defensa, luego extendido a otros cuerpos de la Administración, tiene, en parte, su origen en una crisis económica que golpea directamente a la «clase media de uniforme». A su vez, el inusitado desarrollo de los sindicatos obreros durante estos años repercute doblemente en la toma de conciencia de la clase media española, atemorizada, por una parte, por el auge cobrado por el movimiento obrero y el consiguiente riesgo revolucionario, e irritada, al propio tiempo, por la mayor capacidad de presión de la clase trabajadora frente al poder político y económico. Se explica así el empeño de cierta propaganda mesocrática en denunciar las *escandalosas* subidas salariales obtenidas por la clase obrera, en humillante contraste con la depauperación de «nuestra sufrida clase media», como la llama el periódico *La Clase Media* en su número 1, fechado el 28 de mayo de 1916 (31).

Esta desquiciada y efímera publicación madrileña, dirigida por M. A. Bedoya, surge con el propósito de poner fin de una vez por todas a esa «pantomima grotesca de la vida nacional» que se venía representando en los últimos años por los «mixtificadores de la democracia» y los «aduladores de la aristocracia», según leemos en la declaración de intenciones que se publica en el primer número de la revista. Ocurre, efectivamente, que la guerra, «la roja mano crispada de la guerra», ha interrumpido el pesado sueño colectivo del país para obligar a todos a echar una mirada al exterior. Pues bien, esa «mirada de rencor» permite observar algo muy simple:

Los de Arriba y los de Abajo tienen sus apóstoles. El Pueblo y la Aristocracia tienen sus guías. Sólo los de Enmedio no han encontrado aún sus conductores.

Conviene decir que la revista da al término «clase media» el significado «más amplio, cristiano y plástico», de forma que en este concepto caben desde el dependiente hasta el redactor de un periódico, desde la «pálida modistilla» hasta la joven estudiante de obstetricia en la Facultad de San Carlos. A todos ellos, *La Clase Media* les anuncia el fin de sus penalidades y el comienzo de una nueva era:

Hasta ahora la Clase Media ha sido el cebo pulposo y resignado de la codicia de unos cuantos especuladores sin escrúpulos. Hoy ha acabado ya la impunidad de aquellos asaltos al trabajo humilde y honrado. Nuestro periódico pregonará en toda España y América (...) los nombres y acciones de los mercaderes judíos.

(31) Creo que es el único número que llegó a publicarse. Un ejemplar, en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

De los especuladores y prestamistas (32) pasa luego a censurar severamente a unos «políticos» (?) (*sic*), que califica de corruptos e incompetentes, para, a continuación, remachar la idea que la nueva revista viene a defender: si «nosotros *somos los más*, y los más fuertes, y los más inteligentes», sólo la desunión de la clase media explica la situación en que tradicionalmente se ha encontrado. De ahí el lema que figura en otro lugar de la revista: «Si la clase media no sabe unirse, bien merecida tendrá su suerte estúpida.» De ahí también la imprección apocalíptica con que se cierra el artículo aludido:

Si vuestra cobardía, o vuestra holganza, o vuestro bizantinismo, o vuestra costumbre de obedecer servilmente dejan arriar estas nobles banderas, entonces bien merecida tendréis vuestra suerte y que los pueblos unzan sus carros de victoria a vuestras cervices de esclavos.

Estos y otros desvaríos permiten atribuir a la hoja en cuestión una mentalidad manifiestamente conservadora, si bien se trata de un conservadurismo vergonzante, cubierto con un manto de demagogia en la denuncia de ciertos abusos del sistema parlamentario y de ciertas perversiones del capitalismo: crítica muy primaria, por una parte, del liberalismo y de sus atributos esenciales —poder civil, partidos, clase política, todos ellos considerados como factores de corrupción de la vida nacional—, y por otra, de los «prestamistas», «especuladores» y «mercaderes judíos», responsables directos, un poco como los políticos, del empobrecimiento de la clase media española.

No parece arriesgado definir esta revista como un intento fallido de desarrollar una ideología mesocrática de corte ultrarreaccionario, una especie de fascismo *avant la lettre*, construido a partir de los grandes tópicos del populismo más abyecto e incendiario, desde el antisemitismo hasta el antiparlamentarismo. Una hoja publicada en Madrid unos meses después, no sé si como continuación de ésta, titulada *La Clase Media. Periódico independiente defensor de la misma*, representa una nueva tentativa, igualmente malograda, de crear en España una prensa de opinión específicamente mesocrática, portadora de un discurso político y social ultraconservador: mismos temas, mismas obsesiones, mismos reclamos..., todo ello, en el caso de este efímero libelo, iluminado por algunos destellos, apenas velados, de germanofilia y adornado con un aparatoso retrato del rey Alfonso XIII que se reproduce en la primera página (33). Es decir, que la tapadera de su confusa demagogia no llega a ocultar del todo sus inclinaciones ultraderechistas.

El fracaso de estas dos publicaciones no desanimó ni mucho menos a los promotores del movimiento mesocrático en su vertiente reaccionaria, que es la más genuina. Al contrario, en plena posguerra mundial, la situación de la clase media

(32) Otro artículo del periódico amenaza con denunciar ante la opinión pública las casas de préstamo que funcionan en Madrid.

(33) Este número, creo que único, de *La Clase Media* lleva fecha del 10 de diciembre de 1916. Un ejemplar en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

llega a convertirse, según Francisco Villacorta, en un tópico periodístico, que encuentra amplio eco, una vez más, en las páginas de *El Imparcial* (34). Así, la «importante asamblea de la clase media» celebrada en Valencia el 10 de noviembre de 1919 concluía con una larga serie de reivindicaciones —reducción de las tarifas ferroviarias, abaratamiento del coste de la vida, ley de inquilinato, medidas contra la especulación, etc.— que, de forma conminatoria, se elevaban al gobierno. Por esas mismas fechas celebraban en Madrid sendos mítines la Unión Nacional de Funcionarios Civiles y la Asociación Católica Nacional, esta última dirigida por Medina Togados, futuro directivo de Acción Popular. Los argumentos suelen ser más o menos los mismos, y, aunque se presentan de forma enmarañada y contradictoria, acaban apuntando siempre al proletariado como referencia y a veces como causa, por sus desorbitadas exigencias salariales, del progresivo empobrecimiento de la clase media española, sin que el poder civil —gobierno, parlamento, clase política— esté libre de culpa por su manifiesta debilidad ante las presiones sindicales. En el mitin que la Asociación Católica celebró en Madrid en noviembre de 1919, un orador expuso el caso inaudito de que los mineros asturianos hubieran alcanzado un nivel de vida superior al de sus propios ingenieros. El hecho vale como paradigma de los resortes psicológicos que explican este tipo de movilizaciones. Lo importante, en todo caso, es la tesis que, en el orden de la estrategia social, propone uno de los participantes en el mitin de la Asociación Católica:

Es necesario que los elementos intelectuales, para la defensa de sus intereses, no se vean compelidos a buscar el apoyo de los elementos obreros, sino que se basten por sí para alcanzar sus justas reivindicaciones (35).

Ahora bien, junto a semejante propaganda reaccionaria para consumo de ciertos grupos intermedios —los más vulnerables económica y culturalmente, y por ello los más conservadores: funcionarios, militares, pequeños comerciantes...—, no podemos olvidar la existencia, en esta misma época, de una oferta progresista, de cambio político y social, dirigida expresamente a la clase media, sobre todo a la clase media profesional. Estamos, pues, ante dos opciones de *regeneración* radicalmente distintas y también, probablemente, ante facciones distintas de la propia clase media como público potencial de tales discursos.

La contradictoria posición de la izquierda en torno al papel histórico de las clases medias aparece expuesta, en toda su complejidad, a lo largo del debate promovido a este respecto por el semanario *España* en 1920, a raíz de la publicación de un manifiesto sin firma que la revista dirigía «a todos los médicos, abogados, ingenieros,

(34) F. VILLACORTA: *Profesionales y burócratas*, cit., pág. 507. Sobre la dimensión internacional del movimiento corporativista, como expresión de la actitud defensiva de la burguesía y de ciertas clases medias ante la gran crisis de la posguerra, cfr. ANTONIO ELORZA: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984, pág. 171, nota.

(35) «En favor de la clase media», reseña del mitin de la Asociación Católica Nacional en el teatro Álvarez Quintero de Madrid del día 16 de noviembre de 1919 (*El Imparcial*, 17 de noviembre de 1919).

maestros, arquitectos, escritores, artistas, profesores, etc.», reclamando su incorporación activa al socialismo español (36). El texto tiene, en realidad, dos destinatarios: la dirección del PSOE y ese sector de la clase media, al que se invoca explícitamente, formado por los cuadros profesionales y las élites intelectuales. El mensaje que les transmite la revista parte de una constatación: el ascenso del Partido Socialista en las últimas elecciones legislativas demuestra su capacidad para conectar «con muchos españoles que hasta hace poco eran clientes electorales de otros partidos». A partir de esta nueva circunstancia, los autores del manifiesto consideran inaplazable la integración en el PSOE de «las mejores cabezas de nuestro tiempo, de los hombres especializados en disciplinas intelectuales», los únicos que pueden afianzar la confianza que «el nuevo público votante» ha depositado en el socialismo español. Bajo la dirección de los intelectuales, el Partido Socialista debe recibir el impulso necesario para convertirse en «un gran partido predominante», capaz de «transformar de raíz el Estado histórico», hasta llegar a construir una civilización socialista en la que se puedan conjugar las mejores tradiciones de la historia universal con un nuevo sentido de la justicia.

Quiere esto decir que el socialismo ha de ser un nuevo tipo de civilización que supere a todos los sistemas sociales anteriores no sólo en doctrina ética, sino en todo linaje de creaciones y organizaciones ideales y prácticas.

Pero todo ello hace precisa una alianza inmediata entre las *clases intelectuales* y la *masa obrera*, llamadas a ser cerebro y músculo de un mismo cuerpo vigoroso. En efecto,

la llamada masa obrera es como un gran gigante a quien le está reservado el dominio del mundo; sólo requiere ojos que le iluminen la conciencia y el camino y lenguas que le enseñen a respetar y querer los valores culturales de la historia. Esta es la función de los intelectuales en el socialismo.

El socialismo se presenta de esta forma no sólo como la fuerza que hará posible la necesaria mutación histórica, sino también como el instrumento de emancipación tanto de la *masa obrera* como de la *inteligencia creadora*, sometida durante demasiado tiempo «a funciones, casi siempre serviles, de sostenimiento del orden heredado».

El manifiesto incluye, finalmente, un ardiente alegato en pro de ese *futuro socialista* que se avecina en España y en el resto del mundo civilizado. La conclusión no deja de ser, sin embargo, un arma de doble filo para los intereses del PSOE, que podía ver seriamente amenazada su identidad histórica: el socialismo —vienen a decir los autores— representa algo tan grande, que su destino ha dejado de pertenecer exclusivamente a los propios socialistas.

La tesis de este texto coincide sustancialmente con la concepción fabiana del

(36) *España*, núm. 253 (6 de marzo de 1920). MANUEL TUÑÓN DE LARA, en su introducción a la edición facsímil de la revista (Madrid, Turner, 1982), sugiere que en la redacción del manifiesto pudieron intervenir Luis Araquistain (director de la publicación), Manuel Pedroso y Manuel Núñez de Arenas.

socialismo típica del joven Araquistain, que fue, al parecer, el autor, o uno de los autores, del manifiesto. Recuerda, asimismo, las razones aducidas por Galdós para justificar su acercamiento al PSOE tras constatar el fracaso histórico del liberalismo español como fuerza modernizadora y democratizadora e igualmente trae a la memoria la idea del joven Ortega sobre la misión europeísta y nacionalizadora del partido de Pablo Iglesias. Porque, en esencia, lo que se propone es el control de ese gran movimiento social por parte de las elites liberales y, en cierta forma, la apropiación de su fuerza organizativa para alcanzar un objetivo histórico que no es propiamente socialista. Dicho de otra forma: se pretende —una vez más— la *nacionalización* del socialismo español.

Pero la cuestión que aquí interesa es otra. El artículo de Alvaro de Albornoz «La proletarización de la clase media» es una contundente réplica, entre histórica y sociológica, al manifiesto de *España* del 6 de marzo de 1920 (37). Según Albornoz, la clase media española perdió para siempre, en el siglo XIX, la ocasión de edificar su propio orden social, con arreglo a pautas democráticas, al dejarse arrebatar la iniciativa histórica por «los intereses conservadores». La Restauración señala el fracaso definitivo de la mesocracia, entregada irremisiblemente al sistema, al tiempo que el desarrollo del capitalismo en la periferia favorecía la aparición, «aunque en miniatura», como dice Albornoz, de la moderna civilización industrial. La lucha entre burguesía y proletariado, característica de las nuevas estructuras económicas, sitúa a esta clase social en una incómoda posición intermedia —«como entre dos ruedas de molino...»—, de donde se sigue, en opinión del autor, que la clase media no tiene otra salida que consumir su proletarización y unir su suerte al movimiento obrero, «cobijándose bajo los rojos estandartes que simbolizan el bienestar, la libertad y la justicia para todos».

Más allá de su relativa originalidad (38), el artículo de Alvaro de Albornoz era,

(37) El artículo de ALBORNOZ, en *España*, núm. 261 (1 de mayo de 1920). Fueron numerosas las respuestas al llamamiento de la revista que se fueron publicando en los meses siguientes. Del propio ALBORNOZ es el titulado «La inteligencia conservadora» —bajo el epígrafe «Los intelectuales y el socialismo», tema genérico del debate—, 20 de marzo de 1920, en el que el autor se muestra contrario al desembarco masivo de intelectuales en el socialismo español. En cambio, MANUEL PEDROSO, uno de los posibles autores del manifiesto, en «La internacional del pensamiento» —*España*, núm. 265 (29 de mayo de 1920)—, se declaró en contra de una especie de «internacional» de los intelectuales y a favor de su integración en las organizaciones socialistas. En un artículo fechado en Barcelona —«Intelectuales técnicos y obreros intelectuales», en *España* (10 de abril de 1920)—, ESTANISLAO RUIZ hace hincapié en la debilidad del socialismo —es decir, del PSOE— en Cataluña, y señala, a partir de ahí, la enorme dificultad de los intelectuales catalanes para asumir el compromiso propuesto por *España* —véase, sin embargo, el artículo de J. CASSASAS, cit. *supra.*, sobre el componente socializante que tiene el movimiento impulsado por las elites profesionales catalanas a partir de la Primera Guerra Mundial—. CÉSAR DE MADARIAGA interviene con un artículo sobre la posible —y más bien problemática— colaboración de «la clase intelectual de los ingenieros» con el PSOE —*España*, núm. 255 (20 de marzo de 1920).

(38) La idea del fracaso histórico de la burguesía española la encontramos también en numerosos textos y discursos de MANUEL AZANA, por ejemplo, en *Tres generaciones del Ateneo* (1930): «Era inevitable que la burguesía española, por no haber sido a su hora, que tal vez pasó para siempre, bastante radical, se viese un día a los pies de sus hijos, tenientes de infantería, y con los burgueses toda la nación.»

sobre todo, sintomático del cambio que se empezaba a percibir en el ambiente: la sensación de que en España —y tal vez en el mundo— la hora de un «liberalismo de clase media» había pasado para siempre y las dudas, por consiguiente, sobre la capacidad de las elites liberales para dirigir el cambio histórico que se avecinaba, aunque fuera, como proponía *España*, recurriendo al control de las organizaciones del movimiento obrero a partir de una relación que podríamos considerar parasitaria.

Entre las numerosas reacciones al manifiesto de *España*, la de Albornoz parece la más congruente si nos atenemos tanto al marco histórico inmediato, de crisis general del liberalismo, como a la actitud tradicionalmente hostil de la izquierda respecto a la clase media nacional, clase «sin personalidad y sin carácter —como la llamó Besteiro unos años antes—, que no ha sabido vivir nunca otra vida que la puramente imitativa» (39). Las feroces críticas que el propio Araquistain le dirigió tres años después de redactar el manifiesto de *España* pueden estar motivadas por dos hechos diferentes y, probablemente, complementarios: 1) el fracaso de su llamamiento a las elites intelectuales y profesionales a asumir, desde la militancia socialista, un compromiso activo en la regeneración democrática del país, y 2) la confusión que, a estas alturas, arrastra todavía el concepto de clase media, de forma que en su diatriba de 1923 contra «esta funesta clase media española», Araquistain parece incluir, bajo la misma fórmula, a la clase dominante, cuya «preeminencia» considera la principal causa del estancamiento del país, y a esa clase media tradicional, «que nutre las profesiones más inútiles y dañinas» y que ha acabado por convertir al Estado en una «abyecta y ridícula organización del señoritismo» (40). La alternativa social hay que buscarla, una vez más, en el pueblo, pero, entiéndase bien, en un pueblo al que Araquistain presenta, adoptando una perspectiva más antropológica que sociológica, como único depositario de las esencias nacionales y, en consecuencia, como una gran abstracción social: «... pueblo genuino, que vive en contacto directo con la tierra y el trabajo creador». Es un pueblo, podríamos decir, *telurizado*.

IV. CONCLUSIONES

El análisis del discurso social de nuestras elites liberales, del que se ocupan las páginas precedentes, obliga a interrogarse sobre la capacidad de la prensa y la lite-

(39) JULIÁN BESTEIRO: «La Universidad Popular ha fracasado», en *El Intransigente*, 6 de abril de 1907; tomo la cita de F. VILLACORTA: *Burguesía y cultura*, cit., pág. 80.

(40) LUIS ARAQUISTAIN: «El acento de un país», en *España*, núm. 400 (1923). De la misma época data un artículo de ARAQUISTAIN referido a un problema similar, «El problema de la élite» (*El Sol*, 27 de octubre de 1923), en el que es patente la sensación de fracaso cuando se hace balance de la labor desarrollada por la revista *España* en su intento por «contribuir a la formación de una élite y de una despierta conciencia pública (...). Es de temer —concluye Araquistain— que tanto esfuerzo haya sido totalmente estéril».

ratura —principales soportes culturales de la minoría intelectual— para influir eficazmente en una sociedad que, a principios del siglo xx, es todavía mayoritariamente analfabeta: nada menos que el 59,4 por 100 en 1910 (41). Si en 1820 un intelectual liberal —y no de los más conservadores— dejaba claras sus preferencias sociales al afirmar que «el escritor debe dirigirse a la clase media de la nación, que es la que ama el buen orden y la que guarda un término medio entre los extremos» (42), un siglo después la realidad cultural del país apenas daba margen a otra elección: el destinatario del discurso de las elites liberales tenía que ser básicamente un público de clase media.

Pero, por diversas razones, la comunicación con él registrará multitud de interferencias y a veces se hará francamente conflictiva. Cuando esta comunicación se interrumpe, como ocurre en la última etapa de la revista *España*, cuando se constata el fracaso de la clase media como sujeto del cambio, el intelectual buscará una alternativa en un pueblo imaginario que presenta el inconveniente de no constituir culturalmente un público. Las dudas de Larra sobre la existencia en España de un verdadero público lector —«¿Quién es el público y dónde se encuentra?»— tienen su lógico correlato en el escepticismo que el propio autor manifiesta en otro artículo sobre la clase media española —«aquí no hay más que clase alta y clase baja...»—. Llama la atención que un siglo después la *intelligentsia* liberal siga angustiada por el doble vacío provocado por una burguesía débil, asimilada a la vieja oligarquía, y un público insensible y, en cierta forma, ausente. A la primera, la llama Unamuno «nuestra lamentable y ramplonísima burguesía», y del segundo dice, en el mismo texto, que «ha oído de qué lado se inclina la intelectualidad y él se inclina del otro por odio y por miedo a la intelectualidad» (43). Ortega clama una y otra vez contra una opinión pública a la que llega a hacer responsable de todos los males del país, entre los cuales cabía incluir las dificultades que encontraba la prensa independiente para sobrevivir al margen del poder. Al propio tiempo, exige Ortega un cambio radical en el proyecto de vida de los españoles que permita la plena asunción de los valores sociales y culturales del moderno capitalismo, porque

un pueblo donde no abunden los ambiciosos de dinero que vayan empujados frenéticamente por una sed individual de oro será siempre un pueblo mendigo (44).

El desequilibrio que esta carencia *cultural* provoca en la sociedad española es la

(41) Cfr., por ejemplo, el capítulo de JEAN-LOUIS GUERENA «Las instituciones culturales: políticas educativas», en SERGE SALAÜN y CARLOS SERRANO (eds.), *1900 en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, págs. 59-83.

(42) JOSÉ JOAQUÍN DE MORA, nota a su trad. del *Ensayo sobre las preocupaciones*, del barón D'HOLBACH, Madrid, 1823, cit. por JAVIER VARELA: «The Image of the People in Spanish Liberalism, 1808-1848», en *Iberian Studies*, University of Keele, vol. 18, núm. 1, 1989 (la cita en pág. 10).

(43) M. DE UNAMUNO: «¡Ese público...!», en *España*, núm. 56 (1916).

(44) J. ORTEGA Y GASSET: «El hombre de la calle busca un candidato», en *El Sol*, 24 de febrero de 1918.

principal causa de su inveterado atraso histórico: España sería, para Ortega, el «paraíso de la pequeña burguesía», lo que explicaría la falta de ambición del país, su escaso dinamismo (45).

Son significativas, igualmente, las incertidumbres semánticas que acompañan durante largo tiempo al concepto de clase media. En la década de 1880 —e incluso en épocas posteriores—, la locución sirve para designar a dos grupos sociales distintos y hasta opuestos: por una parte, identifica a la gran burguesía como clase dominante constitutiva de la nueva oligarquía; por otra, a una amplia amalgama social, esencialmente urbana, que abarca desde los sectores profesionales más cualificados hasta los empleados y funcionarios más modestos. Inmediatamente se plantea la cuestión —lo hemos visto en Galdós— de si, una vez perdido por la burguesía su empuje transformador, los grupos sociales intermedios podrían convertirse en vanguardia del cambio que el país requería urgentemente. El debate sería interminable, aunque en la izquierda, tanto liberal como obrera, predomine la sensación de que esa ambigua clase media carecía de iniciativa histórica. En fecha tan avanzada como el año 1923, recién implantada la Dictadura, Azaña publica en *España* su artículo «Grandeza y servidumbre de los funcionarios», con una tesis similar a la idea de una *Ilustración de funcionarios*, defendida en su día por el historiador Franco Venturi: la regeneración del Estado debe ser obra, dice Azaña, «del espíritu corporativo y de las organizaciones profesionales». Ocurre que ambos factores solían actuar en contra de la modernización del Estado, por mucho que, como dice Francisco Villacorta, a partir de 1923 «la actitud de estas entidades corporativas ante el cambio político no habrá de ser rectilínea» (46). La tesis que se ha defendido aquí es que, entre 1898 y 1936, las clases medias españolas se encuentran atrapadas en una gran contradicción histórica, pues, siendo víctimas del subdesarrollo del capitalismo nacional, como las clases populares, serían también, a corto plazo, las primeras en sufrir las consecuencias de la modernización del Estado —vale decir, de su reconversión y democratización— y de la plena eclosión del sistema capitalista. La percepción, un tanto desenfocada, de esta realidad las lleva por lo general a ser presa fácil de los sofismas antisistema y del populismo prefascista de cierta extrema derecha. Prueba, sin embargo, de la versatilidad de las clases medias urbanas es el hecho de que el estrepitoso fracaso de la dictadura militar las haga coyunturalmente buscar cobijo en las filas republicanas, y no precisamente, como dice Luis Araquistain, por el «rubor histórico» que produce en ellas la «bochornosa frivolidad» del régimen de Primo de Rivera (47).

En el artículo aludido, Azaña cita implícitamente a Larra cuando afirma que «el Estado ha convertido la profesión de empleado en un modo de vivir que no da de vivir», como dice *Figaro* del oficio de escritor. En 1937, en circunstancias muy distintas, Azaña parece evocar nuevamente a Larra, sin llegar a citarle —«¿Quién es el

(45) «Sobre todo, que no se reforme nada», en *El Sol*, 6 de marzo de 1925.

(46) F. VILLACORTA: *Profesionales y burócratas*, cit., pág. 505.

(47) *Psicología del nuevo republicanismo español*, texto manuscrito, sin fecha (1931), conservado en el Archivo Histórico Nacional, Madrid: Araquistain, leg. 53.

público y dónde se encuentra?»—, cuando se pregunta «si existe el Estado español y dónde se le encuentra» (48). El problema de las elites liberales es que su proyecto modernizador tenía difícil encaje entre las clases medias, pues el profundo malestar que producía en éstas la conciencia de su marginación por el sistema se veía anulado, e incluso superado, por su miedo al cambio social. El viejo fenómeno de la *empleomanía*, presente ya en los orígenes del Estado liberal, demuestra a las claras las preferencias de las clases medias por un modelo de vida que sofoca toda ambición y antepone la seguridad a la libre iniciativa. Es probable, por ello, que los momentos de máxima movilización política de estos sectores coincidan con graves crisis del Estado, como ocurre en 1930-1931, lo que explicaría el cataclismo provocado por Ortega con su artículo «El error Berenguer», verdadera puntilla para la Monarquía alfoncina, que se resume en un certero diagnóstico, que no podía dejar indiferentes a las clases medias urbanas —«¡Españoles: Vuestro Estado no existe!»—, y en una orden inapelable de pasar a la acción: «¡Reconstruidlo!».

Por otra parte, la posibilidad de inducir la modernización desde las instituciones requería previamente la desactivación de su naturaleza oligárquica, para lo cual se hacía preciso un cambio político radical, o bien una transformación *desde dentro* como la que proponen Azaña en su artículo «Grandeza y servidumbre de los funcionarios» y Luis Araquistain, también en 1923, en el titulado «Hacia una crisis histórica», escrito poco antes del pronunciamiento, y en el que el escritor socialista muestra su confianza en una positiva intervención de los militares en la regeneración del Estado: «Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo», llega a decir en frase que le delata (49). En el ámbito económico, esta concepción, digamos, endógena del cambio se corresponde con la alternativa tecnocrática propuesta por Ortega y Nicolás de Urgoiti ante las visibles insuficiencias del capitalismo nacional. Se trataría de que el ingeniero obtuviera, a expensas del capital, todo el poder decisorio en la organización del proceso productivo (50).

Todas estas opciones irán fracasando sucesivamente a lo largo de los años veinte y treinta. Todas ellas eran, por lo demás, la expresión de esa maltrecha conciencia histórica, desgarrada entre el elitismo y el populismo, que las minorías liberales venían desarrollando desde principios del siglo XIX. Una extraña mezcla de fatalismo y voluntarismo parece inspirar también estas líneas escritas por Azaña en 1930:

Los gruesos batallones populares, encauzados al objetivo que la inteligencia les señale, podrán ser la fórmula del mañana. En rigor, nunca las cosas han ocurrido de otra manera (51).

(48) M. AZAÑA: *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, Ed. Crítica, 1981, pág. 365 («Cuaderno de la Pobleña», 1937).

(49) L. ARAQUISTAIN: «Hacia una crisis histórica», en *España*, núm. 371 (1923).

(50) Cfr. el libro de ANTONIO ELORZA *La razón y la sombra*, cit.

(51) *Tres generaciones del Ateneo*, cit.